

Los actos no tienen tamaño, son o no son.

Recuerdo mi primer año en la universidad en el que la mezcla de ingenuidad y esperanza te llenan el alma y la elección de tu carrera tiene la única finalidad de cambiar el mundo, así tan simple y tan ambicioso como decir “cambiar el mundo”.

Fue entonces cuando encontré una cosa llamada Enactus, un grupo estudiantil que existía en mi universidad dedicado al desarrollo de proyectos de empoderamiento social con el fin de ayudar a personas de comunidades marginadas a emprender sus propios negocios y generar un ingreso económico. Este concepto llamó mi atención y sin saber realmente a qué iba comencé a colaborar con los proyectos que el grupo llevaba a cabo.

Pero mi trayectoria como buena ciudadana no se queda en mi participación dentro de los proyectos de la comunidad, fue después de un año de ser parte de esta organización. Cada año durante el mes de junio Enactus organiza una competencia nacional para hacer competir a los diferentes grupos existentes en el país y demostrar, a través de una exposición de 15 minutos, los resultados que han obtenido a lo largo de su año de labores; el equipo con mayor impacto social se lleva el primer lugar y la oportunidad de participar en la Copa Mundial Enactus. A la par, existen varias empresas patrocinadoras de la ONG, que convocan a los equipos a participar en diferentes concursos a cambio de un incentivo económico que debe servir únicamente para invertir en los proyectos que se están trabajando.

Me enorgullece contar que el equipo de mi universidad era particularmente bueno para ganar ese tipo de concursos y logramos obtener varios primeros lugares juntando una cantidad considerable de dinero. El entusiasmo, la emoción y el compañerismo hizo que el premio fuera del gozo de todos, hasta que el tesorero de ese momento decidió dar los datos de una cuenta bancaria particular para que ahí fuera depositado el dinero. Por supuesto, la universidad se enteró y empezaron los problemas.

Cuando se hizo una junta para cuestionar las acciones fue impresionante ver cómo, una serie de mentiras comenzó a justificar el hecho de haber movido los fondos obtenidos. Varios miembros del equipo quedaron sorprendidos pero no dijeron nada, el problema se pudo haber arreglado si en ese momento se hubiera transferido la cantidad depositada a la cuenta correcta, pero cuál fue la sorpresa al enterarnos que faltaban alrededor de 25,000 pesos. Los directivos sugirieron que

el resto del equipo continuara trabajando y que el problema se resolvería entre los culpables y la dirección de los grupos estudiantiles.

Un año y medio después no se había regresado la cantidad y se habían perdido los papeles que comprobaban los depósitos. El coordinador responsable ya trabajaba en otro lugar y los culpables del movimiento seguían estudiando sin consecuencia. Recuerdo que por iniciativa individual decidí reclamar el asunto, terminé exponiendo el problema ante la dirección del campus y sólo así fue que le dieron importancia al asunto. Después de varias sesiones de negociación se acordó una cantidad que debían devolver a la cuenta del grupo Enactus, se les ofreció un plan de pagos y tuvieron que cumplir.

Sé que fue una acción aparentemente sin trascendencia pero no podía creer que en una institución que se presumía de un código de ética pudieran dejar pasar este tipo de acciones, así fueran diez mil o tres pesos, no se debe “dejar pasar” sólo por evitar discusiones, o por la influencia que alguno de los alumnos pudiera tener, los actos no tienen tamaño, simplemente son corruptos o son honestos.

ADELINA PORTES